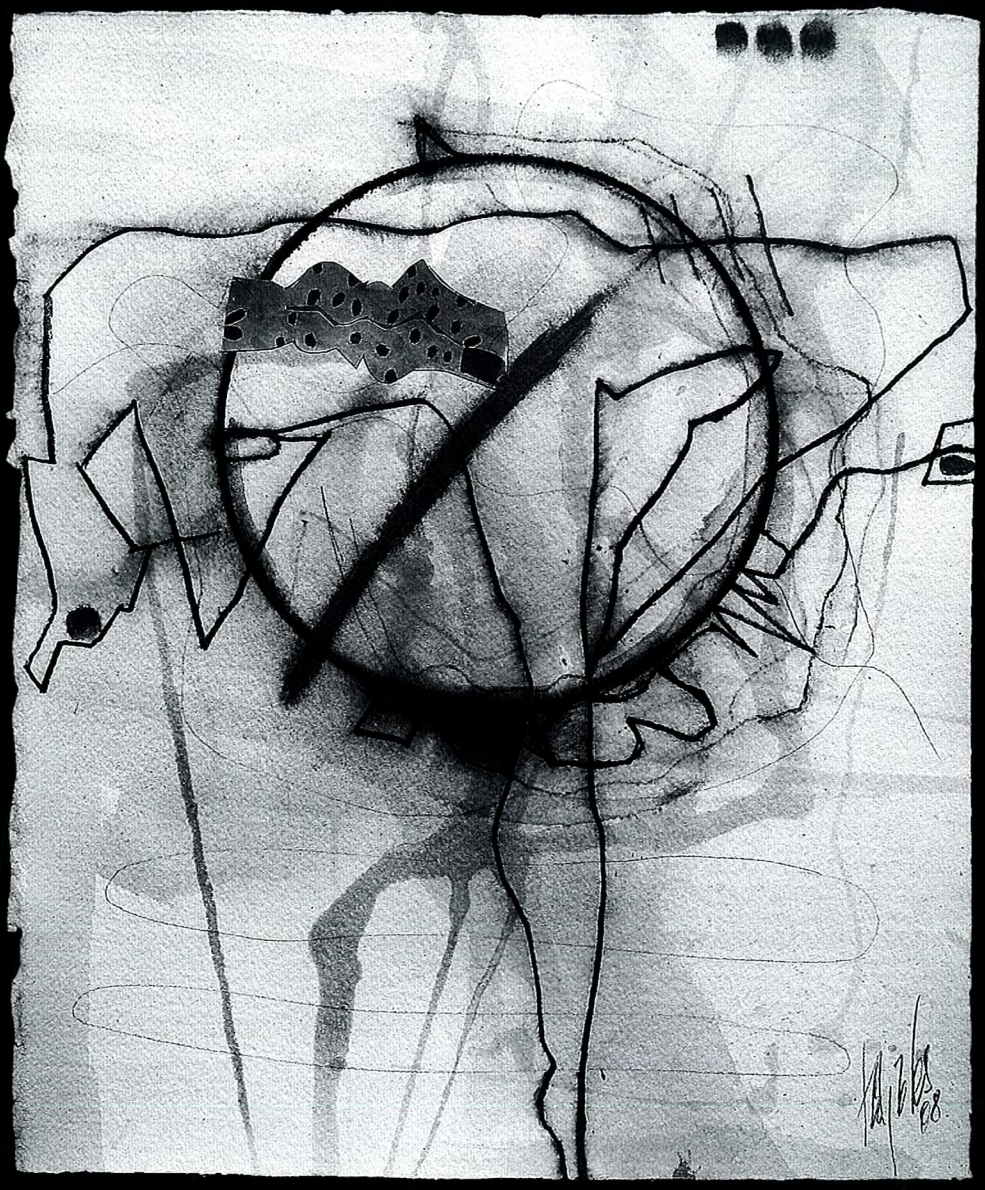
COMO UN ESPEJISMO



* Roberto Ruiz de Huydobro

COMO UN ESPEJISMO

Poco antes de las seis de la tarde, dos hombres se presentan en su casa requiriendo sus servicios. Es el hojalatero del pueblo. Dicen que tiene que hacer un trabajo en el ayuntamiento. Ni él ni su esposa sospechan que mienten. Cuando ella le ve irse, cree que no tardará en volver.

En el ayuntamiento, lo meten en el calabozo municipal, situado en el sótano.

— No he hecho nada —dice a los que lo han conducido hasta el calabozo.

— ¡Por rojo! —contesta uno de los dos.

Permanece quieto junto a la puerta, recién cerrada.

El calabozo es una estancia amplia. En una esquina hay dos camastros. En otra, un retrete. Una de las paredes tiene una pequeña ventana con cristal y rejas. La ventana da a la parte trasera del ayuntamiento y está situada al nivel de la calle. Del techo cuelga una bombilla apagada.

Hay otros hombres. Algunos son de su pueblo. Otros, de los pueblos de alrededor. Dos parecen casi unos adolescentes. Forman pequeños grupos.

Conoce bien a los que son de su pueblo, un municipio de alrededor de quinientos habitantes. A los que proceden de los pueblos de alrededor, todos más pequeños que el suyo, les conoce poco más que de vista.

Todos son agricultores, como él mismo, que compagina las labores del campo con su otro trabajo.

Todos tienen el semblante serio.

Algunos están sentados en el suelo y otros están de pie.

Lo miran en silencio.

Uno de ellos, que es de su pueblo, se le acerca.

— Llevan todo el día cogiéndonos —le dice—. Ahora irán a por algún otro.

De inmediato, se acuerda del vecino que, hace dos días, le advirtió que iban a ir a por él y comprende que tenía razón.

— Tienes que marcharte del pueblo cuanto antes —le recomendó ese vecino—. Yo me voy hoy mismo.

— No he hecho nada malo, así que no tengo nada que temer —contestó él.

— No importa que no hayas hecho nada malo. No importa que seas un buen hombre, como todos saben. Nos persiguen por nuestras ideas.

— Además, no puedo irme. No quiero dejar a mi mujer sola, estando embarazada y con los otros chiquillos.

— A ellos no les importará que se quede sola.

Tras este recuerdo, piensa que ese vecino suyo estaría también retenido en el calabozo si no se hubiese marchado.

— ¿Qué van a hacernos? —pregunta al hombre que se le ha acercado.

— Sólo ellos lo saben. —El hombre se calla unos instantes, como si no quisiese decir qué piensa al respecto—. Ven —dice después, indicando con un movimiento de la cabeza el lugar en el que, junto a otros presos, estaba situado antes de acercarse a él.

Caminan la corta distancia sin decir nada.

Todos los hombres del grupo al que se une son de su pueblo. Lo miran sin decirle nada. Tampoco él habla.

Los demás hombres encerrados en el calabozo también permanecen callados.

El silencio se rompe algo menos de media hora después: la puerta se abre y entra, impulsado por un empujón, otro hombre.

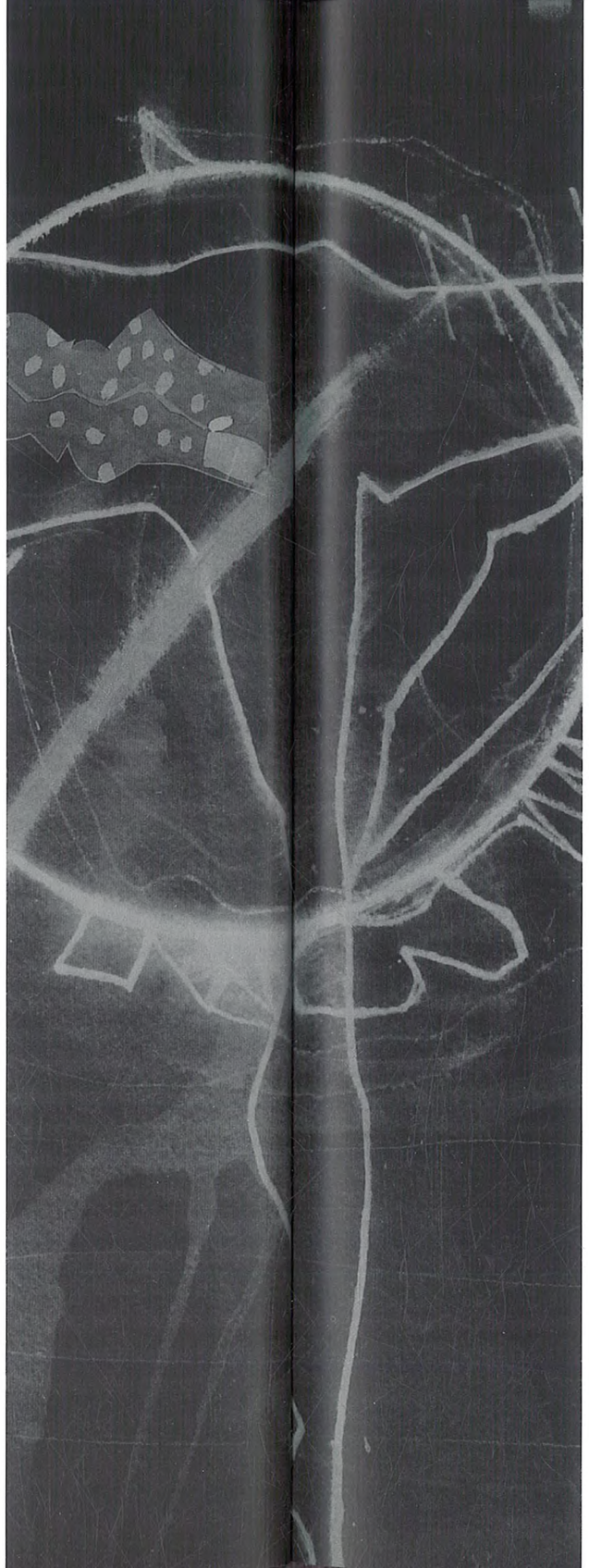
Es de su pueblo. Tras contemplar durante unos segundos a todos los presentes, el recién llegado se dirige hacia el grupo de hombres en el que él se encuentra.

— ¡Son unos canallas! ¡Canallas! —exclama nada más unirse a dicho grupo.

Nadie dice nada.

Vuelve a hablar el recién llegado:

— Estamos por lo menos una docena.



— Contigo somos once —le contesta uno de los hombres del grupo.

El silencio vuelve a la estancia.

Antes de anochecer, dos hombres más son introducidos en el calabozo. Los dos, que son también de su pueblo, se unen a su grupo.

Después de anochecer, la estancia permanece en penumbra: la poca luz que hay, gracias al ventanuco con rejas, procede de una farola de la calle. Tras muchos minutos así, la bombilla del techo se enciende. Al instante, la puerta se abre y entra un carcelero. Parado junto a la entrada, busca con la mirada entre los presos y le señala a él. No habla, pero hace un gesto con el brazo para indicarle que se acerque.

Se dirige hacia el carcelero. Éste lo agarra de un brazo y lo saca fuera. Sin dejar de sujetarlo, el hombre cierra la puerta y apaga, mediante un interruptor de color negro, la luz del calabozo.

Es llevado a una habitación próxima muy pequeña, que está bien iluminada. Ve a su hijo mayor, un muchacho de catorce años, y a otro carcelero. Su hijo tiene un gesto angustiado.

— ¡Hijo! ¿Qué haces aquí? —le dice al joven, tras acercarse a él.

— Madre me ha dicho que venga. Quiere saber por qué usted tarda tanto en regresar a casa.

— Voy a pasar la noche en el calabozo.

— ¿Por qué?

— No te preocupes, hijo. Seguro que me dejan libre mañana. Dile a tu madre que esté tranquila.

— ¿Necesita algo para esta noche?

— Tráeme mi cazadora.

— ¡Ya vale! —dice uno de los carceleros.

Tras regresar al calabozo y a la semioscuridad, le preguntan qué ha ocurrido. Él lo explica.

Varios minutos después, la luz del calabozo vuelve a encenderse. La puerta se abre y aparece el mismo carcelero que ha ido a buscarlo antes. Lleva su cazadora en una mano. Lo único que hace es lanzársela hacia donde él está situado. La

prenda se queda a mitad de camino, en el suelo. Mientras él se dirige hacia ella para recogerla, la puerta se cierra y la bombilla se apaga.

Casi son las doce cuando la bombilla da luz otra vez. Varios hombres armados con fusiles entran en la estancia.

— ¡Las manos, a la espalda! —dice uno de ellos.

Atan las manos a los presos. La única respuesta que hay para las preguntas que varios presos hacen es la palabra "silencio", expresada a gritos.

Les hacen subir a la caja de un camión. Después, suben dos de los hombres armados. Otros tres suben a la cabina del vehículo.

Quiere saber adónde los llevan, pero no se atreve a preguntarlo. El resto de los presos tampoco dice nada.

El camión se pone en marcha. El pueblo no tarda en quedarse atrás. Alrededor de un cuarto de hora después, el camión empieza a circular muy despacio y a traquetear. La capota que cubre la caja del camión impide que los presos vean por dónde va el vehículo, pero todos comprenden que ha dejado la carretera y se ha metido por algún camino sin pavimentar.

— ¿Adónde nos lleváis? —se atreve, al fin, a preguntar.

— ¿Adónde? —pregunta también, de inmediato, uno de los presos más jóvenes.

— ¡A callar! —dice uno de los dos hombres armados que están con ellos.

— No nos llevan a ningún sitio. Nos van a matar —dice un preso muy delgado.

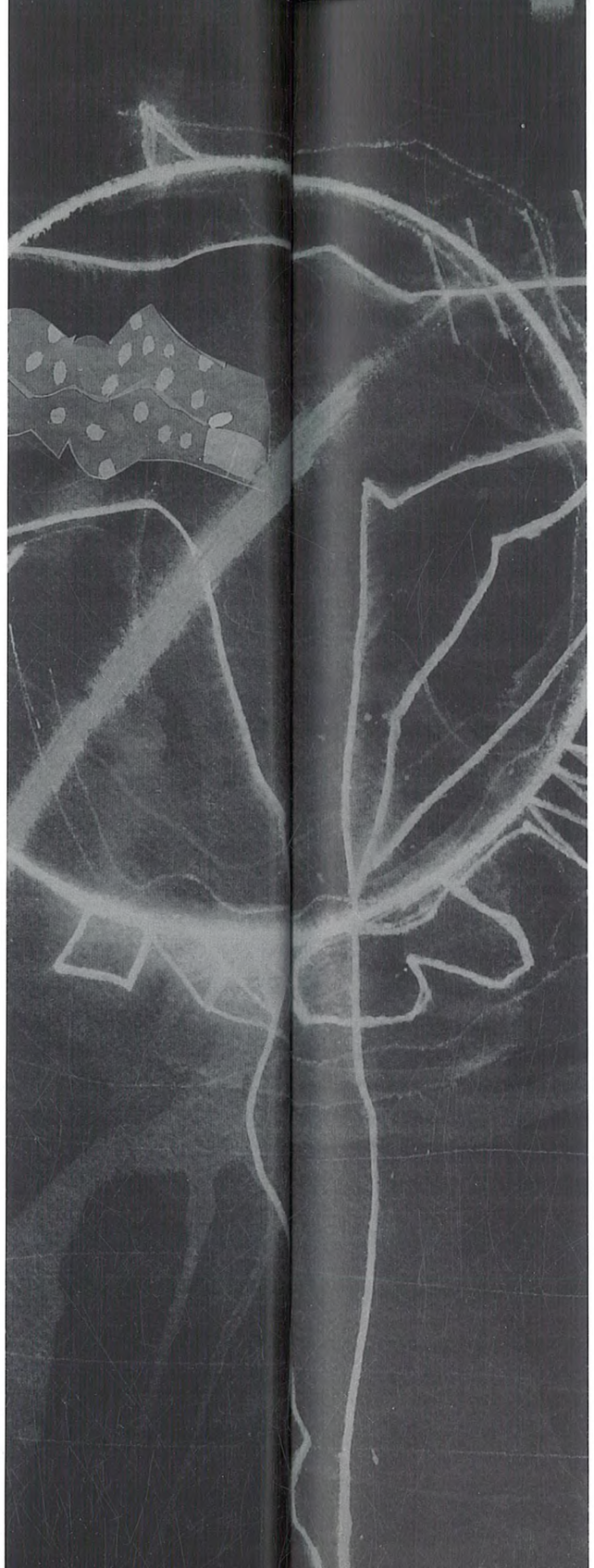
— ¿Qué dices? —pregunta otro.

— ¡Silencio! —grita el hombre armado que ha hablado antes.

— Nos van a matar —repite el preso muy delgado.

— ¡Quieren matarnos! —dicen varios presos a la vez.

Después de atreverse a preguntar adónde los llevan, escucha la predicción de asesinato múltiple creyendo que no es posible, que sus compañeros se equivocan. Cree que la incertidumbre y el miedo, que también siente él, han llevado a algunos a pensar en lo peor.



— Tranquilos. No creo que vayan a hacer eso —dice.

No puede decir todo lo que quiere porque le interrumpe la voz, atronadora, del hombre armado que ya ha hablado:

— ¡*Cagüen* Dios! ¡Que os calléis! —Les está apuntando con su fusil.

Los presos enmudecen. A algunos el terror les deja como petrificados.

El camión se detiene varios minutos después. Hacen bajar a los presos y les obligan a caminar por delante del vehículo detenido. La luz de los faros de éste permite ver que el lugar es una zona semiboscosa.

A unos pocos metros de distancia, en la dirección que caminan, ve una zanja y, sobre un montículo de tierra oscura, varias herramientas, sobre todo palas. Comprende de inmediato que acertaban los que han dicho, en el camión, que van a matarlos. Comprende que no podrán evitar que los asesinen. Comprende que está a punto de morir. Comprende que la zanja que ve se va a convertir en una tumba compartida secreta, que sus restos mortales permanecerán siempre en una fosa común imposible de encontrar. Se da cuenta de que su vida va a extinguirse sin que quede constancia de ello, ni siquiera en una lápida en la que esté inscrito su nombre, como si su existencia hubiese sido un espejismo.

— ¡Me llamo Julián García Munilla! —dice en tono alto, pero sin gritar.

Uno de los hombres armados le dice que se calle.

— ¡Me llamo Julián García Munilla! —repite, con más energía.

Se le ordena otra vez que se calle, mientras el cañón de un fusil le golpea la espalda, pero él vuelve a decir su nombre.